

Hegemonía y Democracia en el siglo XXI:

¿Por qué Gramsci?

Rafael Rodríguez Prieto
José María Seco Martínez

Los autores son Profesores Drs. de Filosofía del Derecho y Política de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla. Profesores y coordinadores de los Programas de Doctorado “Pensamiento Político, Democracia y Ciudadanía” y “Derechos Humanos y Desarrollo”. Autores de diversas publicaciones, investigadores en reconocidos centros de investigación: en el European Law Research Center de la Harvard Law School de la Universidad de Harvard y Visiting Fellow del Real Colegio Complutense en la Universidad de Harvard, en el Instituto di Filosofia del Diritto de la Universidad de Milán, en el The London School of Economics and Political Science, en el Instituto Antonio Gramsci, etc.

Fuente:

www.uv.es/cefd/15/rodriguez.pdf

ooo0ooo

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2014

Ω

“Todos los hombres son intelectuales (...) pero no todos tienen su función en la sociedad”

I Quaderni.

Abstract:

El concepto de hegemonía de Gramsci es de un indudable valor para rehacer la democracia. Democracia es también reflexionar desde las prácticas sociales, es tomar partido en la tarea de responsabilizar socialmente a la filosofía. De ahí el interés de Gramsci en acabar con la división entre los intelectuales y las masas, entre dirigentes y dirigidos. Recuperar el concepto de hegemonía de Gramsci puede ser la base de un proceso constituyente que presente alternativas fiables para la izquierda en este siglo. Sobre todo, si entendemos la democracia como un proceso abierto a prácticas concretas y a la deliberación cívica, como una sinergia capaz de transformar las relaciones de dominación en formas de autogobierno, esto es, de poder por y para la ciudadanía.

Gramsci's concept of hegemony is of great worth to redo democracy. Democracy is also to meditate from social practices, it is to take part in the task of making philosophy socially responsible. That is Gramsci's reason for putting an end to the division between leaders and led. To recover Gramsci's concept of hegemony can be the basis of a constituent process that presents reliable alternatives for the left in this century; mainly if we consider democracy a process open to specific practices and to civic deliberation, as a synergy able to turn domination relationships into self- government forms, that is, into power for citizenship.

I. De por qué es necesario hablar hoy de Gramsci.

Érase una vez un niño que dormía. En la mesilla, junto a su cama, tenía un vaso de leche. Pero un travieso ratón se bebió la leche y el niño, cuando despertó, comenzó a llorar. Tenía hambre. Fue la madre en busca de una cabra. Pero la cabra le negó la leche hasta que no consiguiera hierba con la que saciar su apetito. Entonces la madre ordenó al ratón que la buscara en el campo. Pero, no la encontró. El campo estaba seco. El ratón decidió entonces buscar una fuente. Cuando la halló, esta no emanaba agua a causa de la guerra. El ratón pensó que quizás un albañil podría reparar la fuente. Lo encontró en una pequeña aldea, pero este le pidió piedras. Sin ellas no podría recuperar la fuente. El ratón decidió entonces subir a una montaña. Cuando alcanzó la cima, se topó con un páramo terrible. La montaña había sido talada. La ambición de los especuladores había hecho de ella un lugar desapacible y frío. El ratón desesperado le prometió a la montaña que si le daba piedras, convencería al niño para que cuando creciera sembrara árboles. La montaña confió en la palabra del ratón y el niño bebió leche en abundancia. Cuando el niño creció, cumplió con su promesa y plantó árboles. La vida entonces regresó a la montaña.¹

En este relato, uno de tantos que Gramsci escribió para sus dos hijos en sus noches de presidio,² se visualizan dos elementos muy significativos: el primero, el vínculo que existe entre todas las cosas de la naturaleza; el segundo, la necesidad de buscar la solución de los problemas en la raíz de los mismos. Cuando el niño no tiene leche, no se culpa al ratón. El ratón también tiene hambre. Y es él quien trata de paliar su dolor

¹ Gramsci, A., *El árbol del erizo*, Barcelona, Bruguera, 1981, pp. 22 y 23.

² Desde la cárcel Antonio Gramsci no sólo concibió ideas políticas, algunas de las cuáles fueron esenciales para el estado de la política en el siglo XX, sino que trató de que su confinamiento no restara afecto ni cercanías con su familia, especialmente con su mujer Giulia, su cuñada Tatiana y sus dos hijos, Delio y Giuliano. Eran usuales las cartas y los cuentos que el activista italiano dirigía a su familia. Este, sin duda, es de los más hermosos y, como se verá, tiene relación con los temas y enfoques propuestos en este trabajo.

yendo en busca de la leche, pese a los tropiezos y desengaños del camino. Digamos que la búsqueda es constante hasta que se encuentra el núcleo del problema y se actúa sobre él.

En este estudio trataremos de deletrear algunas de las ideas y enfoques que nos ha suscitado la lectura de la obra gramsciana y la de sus principales comentaristas. Hemos de decir que esta inquietud por las aportaciones de Gramsci no se debe sólo a nuestro interés por la filosofía de la democracia, lo que nos ha llevado a transitar a menudo por la obra del autor italiano, sino a una percepción distinta (recuperadora) de sus reflexiones, que nos permita comprender mejor nuestro pasado y nos facilite medios para transformar el futuro. Basta con aludir a dos de sus categorías más afamadas, la de *bloque histórico* y, por supuesto, la de *hegemonía*, para calibrar los alcances que su filosofía adquiere en la realidad en la que ahora nos molturamos todos. Para ello, iniciaremos nuestro relato rastreando los fundamentos teórico-prácticos de los que se sirve este autor para articular su concepto de hegemonía, para continuar a renglón seguido con el análisis de las interpretaciones erróneas que se han hecho de sus aportaciones y construcciones. Después, ya en otro estadio, trataremos de elucidar vías útiles para retomar de nuevo su filosofía.

II. Sobre el concepto de hegemonía en la obra de Antonio Gramsci.

Antonio Gramsci es un autor que crepita actualidad. Y lo es por la riqueza de sus aportaciones, por lo que dijo, y, por supuesto, por aquello que sugirió. Se nos podrá decir, y no sin razón, que el estado de la política y la experiencia contemporánea de las sociedades occidentales no coinciden con el análisis de Gramsci. El nuevo escenario de relaciones, que apareja la re-configuración planetaria y paradigmática del sistema de producción capitalista, lleva las trazas de infringir cambios de inusitado relieve en la comprensión de la realidad política que hiciera Gramsci. Si a este diagnóstico añadimos la progresiva amortización del viejo diseño nacional-territorial como fundamento político del Estado y la ciudadanía, no hay más remate que admitir que el mundo es ahora radicalmente distinto del panorama que diseñara el filósofo italiano.

Claro que, no podemos pretender que sus esquemas conceptuales se adapten sin más a la realidad reciente de nuestras relaciones. No podemos interpretar su pensamiento fuera de sus rieles históricos, so pena de ser anacrónicos.³ No podemos obviar que un pensador es siempre rehén, para mal o para bien, de los tiempos y el contexto en que históricamente le toca vivir. Si Gramsci pertenece a los clásicos,⁴ es porque su obra nos ayuda a comprender y transformar nuestro presente.⁵ Precisamente ahí estriba su fuerza. El concepto de hegemonía es un buen ejemplo de ello.⁶ Aún hoy puede seguir siendo de utilidad para el análisis político. Pero, para eso necesitamos conocer de la manera más diáfana posible qué nos quiso decir. A ello dedicaremos este epígrafe.

Históricamente, el vocablo hegemonía no era usual en la terminología usada por Lenin. Si lo fue, en cambio, en la que utilizara Stalin.⁷ Para el primero era más apropiado hablar de dirección y dirigentes. En uno de los escasos párrafos donde lo introduce, usa hegemonía (*gegemon*) co-

³ Cfr. Martín, J, Gramsci's Political Analysis. A Critical Introduction, New York, St Martin Press, 1998, pp. 170-171.

⁴ V. la interpretación que lleva a cabo Atilio Baldan en Baldan, A., Gramsci come storico. Studio sulle fonti dei "Quaderni del Carcere", Bari, Dedalo Libri, 1978.

⁵ Díaz Salazar, R., "Gramsci, el internacionalismo y la izquierda europea", en AAVV., Gramsci y la Izquierda Europea, Madrid, FIM, 1992, pp. 15-16.

⁶ Otro ejemplo sería la idea gramsciana de la construcción de nexos entre la teoría y la praxis, entre los intelectuales y "las masas" - como gustaba decir al filósofo italiano -, a fin de constituir una alternativa sólida al orden liberal. Esta conexión está muy presente en la elaboración de algunos de sus construcciones más significativas, tales como la idea de general intellect o la de trabajo inmaterial.

⁷ Desde hace algunos años autores como Robert Keohane o Immanuel Wallerstein han usado el concepto de hegemonía con un sentido muy diferente. Hegemonía sería el poder estatal que prevalece en un momento histórico determinado. Un poder que impone sus reglas y deseos y que debe ser más fuerte que cualquier otro país. (Keohane, R., After Hegemony: Cooperation and Discord in the World Political Economy, Princeton, Princeton University Press, 1984, pp. 33-34). Un poder que tiene acceso y control sobre las principales fuentes de capital. (Wallerstein, I., The Modern World Society: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World Economy in the Sixteenth Century, New York, Academic Press, 1974, p. 405.

mo sinónimo de dirigente. Precisamente, Gramsci empezó a usar este término de manera tardía, en dos escritos fechados en 1926 y muy anteriores a los Cuadernos: *Carta al Comité central del Partido Comunista Soviético* y *Algunos temas de la cuestión meridional*. Sin embargo, la significación no será la misma en esos textos que en los *Cuadernos*. En los primeros, el término hegemonía no adquiere otro significado que el oficial de los textos soviéticos, es decir como alianza entre obreros y campesinos. En los siguientes se usará como sinónimo de dirección cultural, además de política. Esta será la principal aportación, que no sustitución, de Gramsci a la idea primitiva de dirección política.⁸

Para el filósofo italiano la hegemonía cristaliza: (i) en la intervención del poder (en cualquiera de sus formas) sobre la vida cotidiana de los sujetos y (ii) en la colonización de todas y cada una de sus esferas, que ahora son relaciones de dominación. Estaba claro, para Gramsci la clase dirigente refuerza su poder material con formas muy diversas de dominación cultural e institucional, mucho más efectivas -que la coerción o el recurso a medidas expeditivas-, en la tarea de definir y programar el cambio social exigido por los grupos sociales hegemónicos.⁹ De modo que si se quiere cimentar una hegemonía alternativa a la dominante es preciso propiciar una guerra de posiciones cuyo objetivo es subvertir los valores establecidos y encaminar a la gente hacia un nuevo modelo social. De ahí que la creación de un nuevo intelectual asociado a la clase obrera pasa por el desarrollo desde la base, desde los sujetos concretos, de nuevas propuestas y demandas culturales. El objetivo consiste en la imaginación de una nueva cultura no subalterna, muy diferente de la burguesa,¹⁰ que pueda llegar a ser dominante, sin verse arrastrada por

⁸ Bobbio, N., "Gramsci y la concepción de la sociedad civil", en Fernández Buey, F., *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, Barcelona, Grijalbo, 1977, p. 167.

⁹ Brown, B., *Marx, Freud y la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975, p. 90.

¹⁰ Esto supone contraponer al individuo capitalista, el individuo-asociación. Una cooperación que obliga al individuo a un nuevo tipo de libertad y actividad diferente de la burguesa; una iniciativa no centrada en el núcleo personal, sino la realización de una vida superior, responsable y antagónica a todo lo anterior. Gramsci, A., *Scritti Politici*. A cura di Paolo Spriano, Roma, Riuniti, 1979, p. 112

culturas tradicionales.¹¹ Como gran educador sabía que la preeminencia socio-económica del orden burgués se debía al control ideológico de los sujetos y a la interiorización de sus coordenadas y valores por el imaginario, es decir, por todas las clases.¹² Este era el secreto tácito de su hegemonía. Y esa idea, madurada desde la cárcel, la adquiere directamente desde sus experiencias en la práctica política, desde la praxis, más concretamente desde sus tareas en el *Ordine Nuovo*.¹³ De cualquier modo, para Gramsci, todo hombre es un intelectual que participa de una determinada concepción del mundo y a través de sus singladuras ideológicas contribuye a sostener o a suscitar nuevos modos (alternativas) de pensar.¹⁴

Gramsci en este punto no nos deja margen para vacilaciones: la separación creciente entre gobernantes y los destinatarios de sus decisiones; entre intelectuales y el resto, entre los funcionarios de las teorías y quienes las reciben, es inaceptable. Hegemonía, como concepto metodológico, ha sido una práctica orientada a comprender el comportamiento humano de manera desigual, es decir a establecer sistemas de control sobre la reproducción social de determinados grupos sociales. Sin embargo, para Gramsci el concepto de hegemonía no es neutral.¹⁵ Y no lo es en base a tres razones: (i) la trascendencia que para la consolidación de un proyecto político tiene el sistema de ideas y creencias en el que los hombres se representan de manera coherente el mundo y actúan sobre él; (ii) su concepción de socialismo como autogobierno consciente; y (iii) la importancia que para la revolución en occidente tiene la disgregación ideológica dominante y la promoción de una nue-

¹¹ Badaloni, N., Gramsci y el problema de la revolución, Barcelona, Anagrama, 1976, p. 103.

¹² Actualmente esta interiorización ha sido denominada, "inspirándose" en Gramsci, como soft cooptive power. Nye, J., Bound to Lead: The Changing Nature of American Power, New York, Basic Books, 1990.

¹³ Clark, M., Antonio Gramsci and the Revolution that Failed, New Haven, Yale University Press, 1977, pp. 224-25.

¹⁴ Gramsci, A., Scritti Politici, Roma, Riuniti, 1979, p. 833.

¹⁵ Kiros, T., Toward the construction of a theory of political action: Antonio Gramsci. Consciousness, participation and hegemony, Lanham, University Press of America, 1985, p. 246.

va alternativa ideológica-cultural.¹⁶ No se trata de instrumentalizar a la base social para tomar el poder (forma de totalitarismo), sino de concienciar democráticamente a los ciudadanos, a las masas -que diría el filósofo italiano- para que subviertan el orden establecido. Quizás sea ésta última una de las grandes aportaciones del pensamiento de Gramsci. El príncipe moderno debe ser el exponente activo de una reforma intelectual y moral de la sociedad, cuyo fin será constituir una estructura del trabajo reformada.¹⁷

El uso de concepto de bloque histórico es otra muestra de la atención que el pensador italiano prestó a factores subjetivistas de la revolución popular, incluyendo símbolos, mitos y lenguaje. Son la convergencia de fuerzas contra-hegemónicas establecidas en la sociedad civil, pero buscando expresarse en el terreno del poder estatal. La idea de bloques sociales continuados estaba unida en Gramsci a preocupaciones intelectuales concretas, como la centralidad de la ideología, el papel de nacionalismo, los límites del parroquialismo, la crítica del economicismo, etc.¹⁸

Por otra parte, en Gramsci concurre una concepción de partido muy diferente a la usual, tanto en el ámbito ortodoxo y revolucionario del marxismo leninismo, como en el del liberalismo.¹⁹ En Turín repetía

¹⁶ Vargas-Machuca, R., "Política y cultura en la interpretación gramsciana de hegemonía", *Sistema* (Madrid), nº 54, 1983, pp.73-91.

¹⁷ Gramsci, A., *Note sul Machiavelli sulla politica e sullo Stato moderno*, Roma, Riuniti-Istituto Gramsci, 1996, pp. 9-10.

¹⁸ Boggs, C., "What Gramsci means today", en Dowd, D. (ed.), *Understanding Capitalism. Critical Analysis. From Karl Marx to Amartya Sen*, Sterling, Pluto Press, 2002, pp. 68-69.

¹⁹ Tomando esta idea gramsciana es imprescindible que repensemos la figura del partido. Creemos que es necesario buscar un tipo de partido, digamos, abierto, en claro contraste a ese otro modelo que conocemos – que prevalece en las democracias occidentales - más cerrado y opaco. Las características del partido cerrado serían las siguientes: el programa es fijo, la estructura es rígida - no es democrática -, ausencia de debate de ideas y extrañamiento de la sociedad. Por el contrario el partido abierto tendría las siguientes condiciones: programa flexible, estructura democrática y horizontal, debate interno de ideas, propiciador de iniciativas democráticas.

siempre a sus compañeros que era necesario cambiar el maximalismo del partido.²⁰ Su afán no era otro que concienciar y educar políticamente a los ciudadanos. Y el partido debía tomar, eso mismo, partido en el desarrollo de funciones básicamente educativas.²¹ Digamos que Gramsci no se deja arrastrar por el maximalismo ni por el idealismo.²² Renuncia a un modelo dualista (de opuestos) y redentor de destrucción/construcción *desde arriba* de un orden social nuevo. Éste, si llega, deberá forjarse desde abajo. Entre otras cosas porque nunca fue amigo de los sistemas cerrados, con principios científicos rigurosos, abstracciones o verdades concluyentes.²³ Gramsci era un hombre de realidades, no de dogmas ni de paraísos ilusorios. Para él, el socialismo rondaba la derrota, hasta tanto no se concibiera y desarrollara con autonomía, esto es, con su propia concepción integral del mundo y la historia. De ahí la importancia que en su obra contrae la necesidad de construir una filosofía de la praxis. La filosofía de la praxis es una teoría de la constitución de los sujetos políticos con el objetivo de que se desarrolle una doctrina de la hegemonía.²⁴ Este subjetivismo y su base anti-

²⁰ Garín, E., “Llenó la utopía de inteligencia y voluntad”, en VVAA, Gramsci, Actualidad de su pensamiento y de su lucha, Santiago de Chile, Claudio Salemi Editor, 1987, p. 47.

²¹ Panitch, L., *Renewing Socialism. Democracy, Strategy and Imagination*, Cambridge, Westview Press, 2001, p. 32.

²² No compartimos las tesis de Nemeth en Nemeth, T., *Gramsci's Philosophy. A Critical Study*, Atlantic Highlands, Humanities Press, 1990, especialmente las que promueve en las páginas 195 y 196, en relación al concepto de hegemonía. Este autor realiza una interpretación, si se nos permite la expresión, trascendentalista del trabajo de Gramsci. Habla de historicismo trascendental y define a Gramsci como fenomenólogo. Estimamos que no se puede ser tan tajante en este punto. Al igual que es complicado no encontrar rasgos idealistas en su pensamiento, si podemos visualizar, después de la derrota y, especialmente, al desarrollar el concepto hegemonía, un Gramsci que sugiere y aporta elementos muy novedosos, que en muchos sentidos se desmarcan del trascendentalismo en el que se le trata de encasillar.

²³ Boggs, C., “What Gramsci means today, in Dowd”, en D. (ed.), *Understanding Capitalism. Critical Analysis. From Karl Marx to Amartya Sen*, op. cit., p. 63.

²⁴ Vacca, G., “Gramsci en nuestro tiempo. Hegemonía y Democracia”, en AAVV, *Gramsci y la Izquierda Europea*, op. cit., pp. 85-87.

determinista es lo que hace de Gramsci, desde nuestro modesto punto de vista, un autor inesperadamente actual.²⁵

Cuando hablamos aquí de hegemonía nos situamos en un plano muy diferente al de simple dominación y/o sustitución de unos dirigentes burgueses por otros socialistas. Para nuestro autor el éxito de una revolución socialista no se visualiza cuando los socialistas toman el poder, sino cuando transforman las relaciones de producción.²⁶ Esto explicaría el peso que para Gramsci adquiere la idea de hegemonía, incluso por encima que la propia conquista del poder por la sociedad civil. Una vez tomado éste, debe existir una base social que respalde su continuidad.

²⁵ Es importante recoger las críticas vertidas por Laclau y Mouffe al concepto gramsciano de hegemonía. Para estos autores Gramsci continúa atrapado en un marco esencialista. Por un lado, Gramsci considera que la agencia que articula otros grupos e ideologías es necesariamente de clase. Por otro, Gramsci sólo estima que exista un centro desde donde constituir la hegemonía, de tal manera que a un fracaso en articular la hegemonía del proletariado, le siga la rearticulación hegemónica de la burguesía (Laclau, E., Mouffe, C., *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, London, New Left Books, 1985, pp. 69-70 y 134-139). Estas críticas, sin embargo, no son tan relevantes como en principio pudiera parecer. Entre otras cosas, porque no parecen entender el pensamiento de Gramsci, al pretender trasladar todas sus concepciones sobre el estado de la política a los tiempos que ahora vivimos, sin asumir los cambios sociales acaecidos y la propia dinámica de las sociedades. Pero, por otra parte, no se pueden negar elementos propios del análisis de clase, que ponen en relación reivindicaciones de movimientos sociales como las mujeres, los homosexuales, las minorías, los ecologistas o pacifistas. Como ha puesto de manifiesto la mejor teoría feminista (bell hooks, por ejemplo), patriarcalismo y capitalismo están muy relacionados, lo que contrae diferentes clases campos de opresión, de clase, género o etnia. Negar esta conexión es realizar un análisis bastante superficial de los problemas. En este sentido, Panitch cree que en la articulación de una contra-hegemonía deviene imprescindible la participación de los diferentes colectivos sociales. Si queremos continuar la revolución socialista, lo que Gramsci llamaría la guerra de posiciones, no podemos admitir que sean sólo los partidos socialistas los que contraigan el peso de sus realizaciones. Deben participar otros colectivos, como los movimientos ecologistas, los movimientos feministas o los grupos antiglobalización (Panitch, L., *Renewing Socialism. Democracy, Strategy and Imagination*, op. cit., p. 43.)

²⁶ Clark, M., *Antonio Gramsci and the Revolution that Failed*, op. cit., p. 59.

La hegemonía equivale así a asumir los intereses de los grupos destinatarios de sus acciones, a no bloquear los caminos, a no retener las alternativas. La hegemonía cohesiona, en un mismo bloque histórico, la sociedad civil y la política, teniendo los intelectuales el deber de contribuir mediante su difusión ideológica.²⁷ Esta apelación del autor italiano a la sociedad civil es importante de cara a evitar una dictadura sin consenso como la de los Estados socialistas.²⁸ La dictadura del proletariado en Gramsci es un concepto teórico normativo no doctrinario.²⁹ Suscribe junto a Rosa Luxemburgo la idea de que la libertad reservada únicamente a los partidarios del gobierno o a los miembros del partido -por muy numerosos que éstos sean- no es libertad.³⁰ Hacerlo equivale a desviar, no a despejar el camino, en la revolución socialista.

Digamos que el proceso de conquista de la hegemonía pasa por fases y tiempos diferentes: (i) el cuerpo social se hace homogéneo y se reconoce en el terreno económico corporativo; (ii) se amplía la solidaridad entre los miembros de la misma clase social. Desaparecen el aislamiento y la dimisión; y (iii) los intereses corporativos sobrepasan sus límites y abarcan a otros grupos sociales.³¹ En cualquier caso, la revolución ha de ser concienzuda y paciente. Debe prepararse con cuidado, con la precisión de un alquimista, para que pueda empapar los mecanismos de la sociedad civil, volcando los corazones y cambiando la mentalidad de la mayoría.³²

Hablar, por tanto, de hegemonía es hablar de imaginario social compartido. Si decimos que un determinado grupo social pierde hegemonía, lo que estamos haciendo es certificar que ya no cuenta con el respaldo del organismo social, que ya no es hegemónico, sino dominante, pues lejos

²⁷ Aguilera de Prat, C. R., Gramsci y la vía nacional al socialismo, Madrid, Ediciones Akal, 1985, pp. 85 y 86.

²⁸ Vargas-Machuca, R., El poder moral de la razón, Madrid, Tecnos, 1982, p. 113.

²⁹ Paggi, L., Antonio Gramsci e il moderno principe. Nella crisi del socialismo italiano, Roma, ER, 1970, p. 276

³⁰ Luxemburgo, R., La revolución rusa, Barcelona, Anagrama, 1975, p. 74.

³¹ Aguilera, de Prat, C. R., Gramsci y la vía nacional al socialismo, op. cit., p. 86.

³² Gómez Pérez, R., Gramsci. El comunismo latino, Pamplona, Eunsa, 1977, p. 131.

de cohesionar el bloque histórico, se distancia de los ciudadanos, incapaz por más tiempo de integrar a la sociedad. Un retroceso hegemónico que se escenifica: (i) en una crisis orgánica, bien por el fracaso de la clase dirigente en alguna empresa política, bien por la pérdida de confianza de amplios sectores populares (campesinos e intelectuales pequeños burgueses), que pasan a la actividad y plantean reivindicaciones revolucionarias; y (ii) en una disgregación entre lo social y lo político que refuerza el papel represivo del Estado.³³

El lugar que Gramsci diseña para el nacimiento de la hegemonía es la fábrica. La preponderancia progresiva del aparato hegemónico de la clase dominante en el aparato estatal, no dejaba más opciones a los sujetos y a los grupos que potenciar aquellos espacios donde podían hacerse más fuertes.³⁴ Por eso Gramsci hará de los consejos de fábrica – piénsese en el Consejo de Fábrica de Turín – el eje de sus propuestas. A estos correspondía: (i) fortalecer la conciencia de clase, pues los nuevos hábitos adquiridos en la fábrica serían la base para futuras conquistas. Los consejos de fábrica se convertían así en la piedra fija de los ~~procesos de formación y educación~~ procesos de formación y educación democrática de los trabajadores; y (ii) traer la unidad a la clase trabajadora. Algo que no parecía fácil, vistas las diferencias y las disensiones entre los propios trabajadores, amén de las resistencias de obreros especializados, ingenieros etc., que siempre quisieron contar con reconocimientos y prerrogativas distintas de aquellos que no lo eran. En esto, las expectativas de Gramsci se vieron defraudadas.³⁵

Los Consejos de Fábrica representaban una forma alternativa de legitimidad, frente a las desviaciones de las instituciones de la democracia burguesa. Sólo ellos podían imponer de manera legítima disciplinas y, además, asegurar a los trabajadores el desarrollo máximo de sus iniciativas y capacidades, hacer de ellos productores y no sólo militantes. En ellos, reiteraba Gramsci, podía cristalizar un orden socio-económico alternativo que anticipara no ya el nuevo orden socialista, sino el mode-

³³ Aguilera, de Prat, C. R., Gramsci y la vía nacional al socialismo, op. cit., p. 87 y ss.

³⁴ Buci-Glucksmann, C., Gramsci y el Estado, Barcelona, Anagrama, 1976, p. 62.

³⁵ Clark, M., Antonio Gramsci and the Revolution that Failed, op. cit., pp. 58-59.

lo del Estado socialista. La estructura de este modelo de Estado emergía así desde abajo, desde los Consejos de Fábrica.³⁶ El partido debía coordinar y los Consejos actuar. La relación entre uno y otro – partido y consejo - era de dependencia y colaboración, no de dominación de uno sobre otro.³⁷ Lo que no deja de tener su aquél, si pensamos que para el filósofo italiano el marxismo equivalía a subvertir para luego promover el progreso intelectual de las masas. Había que construir prácticas emancipadoras y había que hacerlo desde abajo, para poder enfrentar el elitismo tradicional de las clases dirigentes. Sólo así tendría lugar la revolución política que buscaban.³⁸ Frente a Croce y el idealismo, Gramsci pretende hacer de la filosofía de la praxis el exponente hegemónico de una nueva cultura más cívica y democrática. Por eso tiene que construir un bloque intelectual moral que tienda puentes entre intelectuales (innovadores e integrales)³⁹ y no filósofos. Era el intelectual quien debía hacer los deberes. Era él quien debía mantener vivos los instintos volitivos de los sujetos, con el propósito de que pudieran salir del caos y convertirse en agentes activos de su propia liberación y de la transformación democrática de la sociedad y el Estado.⁴⁰ En fin, la intención de Gramsci no era otra que ampliar nada menos que los límites del discurso filosófico.⁴¹

Quiere decirse que para Gramsci una filosofía es una concepción del mundo que se escenifica como superación crítica de la religión, entendida como una idea del mundo que se transforma en norma de vida. La

³⁶ Gramsci siempre rechazó otro tipo de organización. Baste con recordar el rechazo frontal de las estrategias seguidas por el partido social demócrata alemán, que persistían en organizar sus Consejos de manera inversa, es decir, desde arriba.

³⁷ Clark, M., Antonio Gramsci and the Revolution that Failed, op. cit., pp. 60-63

³⁸ Vargas-Machuca, R., El poder moral de la razón, op. cit., pp. 213 y 221.

³⁹ Gramsci, A., Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura, Roma, Riuniti-Istituto Gramsci, 1996, p. 21.

⁴⁰ Urbinati, N., "The Souths of Antonio Gramsci and the Concept of Hegemony", en Schneider, J. (ed.), "Italy's "Southern Question". Orientalism in one country", Oxford, Berg, 1998, pp. 145-146 y 137

⁴¹ Jardón, I., "El Retorno a Marx", en VVAA., Gramsci y la Izquierda Europea, op. cit., pp. 227-228.

filosofía coincide con el buen sentido, que no es el más común. La filosofía de la praxis es la sistematización historicista del buen sentido, definitivamente emancipado del sentido común de las filosofías anteriores. Digamos que se concibe como una nueva filosofía integral de la historia, entendida ahora como política, como un historicismo absoluto. El marxismo es para Gramsci un ejercicio crítico de las teorías y de las concepciones del mundo ⁴² que se sintetiza: (i) en un conjunto de proposiciones fundamentalmente políticas para la crítica material del desarrollo de la filosofía, la ideología y la ciencia; (ii) en una serie de propuestas para una nueva ordenación y realización institucional –y cultural– de la filosofía; y (iii) en un nuevo sentido común y una nueva hegemonía ⁴³ con capacidad para influir en la cultura frente a las perspectivas y enfoques tradicionales. Veamos sino como palabrea en este punto el propio Gramsci: “elemento de una actividad práctica general que innova de manera perpetua el mundo físico y social, fundamentando una nueva e integral concepción del mundo” ⁴⁴.

Tradicionalmente, la falta de correspondencia entre la concepción del mundo y la conciencia práctica, efectivamente manifestada, es un problema que se cierne sobre las formaciones sociales complejas y asimétricas, afectando a los sectores sociales supeditados y subordinados, que tienden a interiorizar la visión del mundo propia de las clases dominantes. ⁴⁵ En este sentido, Lukacs afirma que los trabajadores son forzados a tomar el poder cuando aún tienen interiorizado el orden capitalista como el único sistema posible. ⁴⁶ Resulta crucial, por lo tanto, cambiar dicha concepción por otra distinta, ajena a las tramas y mediaciones que consolidan la hegemonía del orden burgués. El socialismo ha de acabar

⁴² Lombardi Satriani, L. M., “Gramsci e il folclore: dal pittoresco alla contestazione”, en VV. AA., Gramsci e la cultura contemporanea II, Roma, Riuniti-Istituto Gramsci, 1975, pp. 337-338.

⁴³ Vargas-Machuca, R., El poder moral de la razón, op. cit p. 214.

⁴⁴ Gramsci, A., Scritti politici, a cura di Paolo Spriano, op. cit., p. 834.

⁴⁵ Solano, M. A., Legitimación del Estado en la conciencia cotidiana. Una indagación sociopsicológica sobre la dominación política, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica y Editorial Tecnológica de Costa Rica, 1999, p.227.

⁴⁶ Lukacs, G., Geschichte und Klassenbewusstsein, Berlín, Der Malig Verlag, 1923, p. 271.

con las mediaciones falsamente representativas del Estado liberal burgués, para potenciar el autogobierno de los trabajadores. Son ellos quienes deben ejercer sus funciones como productores libres y creadores.⁴⁷ El recuento de votos es, en este sentido, la manifestación terminal de un largo proceso, en el que los que tienen más influencia en la sociedad liberal la ejercen para obtener el consenso de la mayoría. Según el autor italiano, el proceso está mediatizado desde el principio a causa de las relaciones de dominación pre-estructuradas,⁴⁸ del oscurecimiento de los problemas sociales y de la retórica elitista de gobierno que da por sentado, por un lado, que las masas son incapaces de afrontar o decidir acerca de los problemas sociales, incluso de aquéllos que más les conciernen y, por otro, que no son responsables. La propagación de este prejuicio elitista por todo el imaginario, en cualquiera de sus formas (como conformismo, escepticismo inactivo, atomización social o irresponsabilidad), presagia la debilidad de la acción política.⁴⁹

La hegemonía, significa, por tanto, un cambio radical, no sólo en la política, la cultura, la filosofía y su práctica, sino en las instituciones. El proletariado construye en torno a sí un agente social, que será el resultado de objetivos y reivindicaciones sociales de carácter progresivo de los colectivos sociales.⁵⁰ Todo ello debe adaptarse a un cambio en el modelo de producción. Sólo así, y después de todo un proceso, se transformarán las relaciones de dominación establecidas, sustituyéndose por una nueva hegemonía: la de las masas, en la terminología más genuina de Gramsci.

⁴⁷ Aguilera, de Prat, C. R., Gramsci y la vía nacional al socialismo, op. cit., p. 89.

⁴⁸ Gramsci, A., Note sul Machiavelli sulla politica e sullo stato moderno, op. cit., pp. 99-101.

⁴⁹ Boggs, C., "What Gramsci means today", en Dowd, D. (ed.), Understanding Capitalism. Critical Analysis. From Karl Marx to Amartya Sen, op. cit., p. 67. Este oscurecimiento es abordado en una de las obras fundamentales de la última mitad del siglo XX, en lo que hace a la teoría del poder, en Lukes, S., El Poder. Una Teoría Tridimensional, Barcelona, Siglo XXI, 1990.

⁵⁰ Paramio, L., Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo, Madrid, Siglo XXI, 1988, p. 175.

III. De por qué es relevante elucidar algunas interpretaciones del pensamiento de Antonio Gramsci.

¿Qué nos puede enseñar hoy Gramsci? Comenzábamos este asalto apostando por la actualidad del filósofo italiano. Empero, Fernández Buey nos advierte de los peligros que corremos si tratamos de contestar de manera precipitada a esta pregunta. Digamos que son tres los errores que ha detectado en las aproximaciones recientes a la filosofía gramsciana: (i) el uso que desde determinados estudios se ha hecho, una vez superada la fobia a-histórica del estructuralismo, de la obra de Gramsci en busca de conceptos modélicos para su uso pacífico en el presente, olvidando los rieles históricos del marxismo gramsciano; (ii) la equiparación de Gramsci a Lenin y a Marx; y (iii) la tendencia a olvidar las condiciones extremas en la que vivió y evolucionó políticamente y el afán por presentar como su obra como un todo sistemático, cuando nunca lo fue.

Sobre el segundo y tercero de los errores identificados por el filósofo español tendríamos mucho que decir. Creemos que las diferencias con Lenin y Marx son ostensibles. Como se ha explicado, la noción de hegemonía supone un cambio de estrategia en la toma del poder, respecto a Lenin. Podríamos, incluso, decir, parafraseando a Sartori, que nos encontramos ante un marxismo post leninista.⁵¹ Es más, sabemos que no fueron pocas las coincidencias, en esto de continuar la gran tradición revolucionaria socialista, con Rosa Luxemburgo, afinidades que ahora pasamos en silencio por no ser objeto de este trabajo. En cuanto a que las circunstancias personales que mediatizaron sus aportaciones, nada podemos añadir, pues constituye un hecho bastante aceptado.⁵²

Sin embargo, en cuanto al primero de los errores que apunta Fernández

⁵¹ Giovanni Sartori en la presentación a la edición estadounidense de Pellicani, L., Gramsci. An alternative Communism, Stanford, Hoover Institution Press, 1981, p. xv.

⁵² Para Vargas-Machuca Gramsci se ve empujado tanto por un sentido radicalmente democrático, como por un compromiso de fidelidad con el modelo leninista, todo ello adobado por una ambigüedad de origen doctrinal y política y una formación idealista y marxista (Vargas-Machuca, R., "El neomarxismo", en Vallespín, F., (ed.) Historia de la Teoría Política, Madrid, Alianza, 1992, p. 528.)

Buey pensamos que sí tenemos algo que decir en este momento. El pensamiento de Antonio Gramsci ha tenido un desarrollo, desde el punto de vista político, que ha contraído equívocos sobre el uso teórico de la idea de hegemonía. Este desarrollo se ha visto completado en los ámbitos académicos con el uso de conceptos tales como *campo social* o *arena*, deudores del concepto de hegemonía, pero desprovistos de potencia revolucionaria.⁵³ Otras veces se han utilizado para legitimar el orden internacional dominante.⁵⁴ Se podría decir que existe toda una

⁵³ Una parte de la ciencia política anglosajona (Turner, Stone) ha usado el concepto de hegemonía, vaciando todo su componente revolucionario y repensándolo como mero instrumento de descripción de la realidad. La idea de hegemonía se ha vinculado al concepto de campo social. Se entiende por campo social, cada uno de aquellos ámbitos donde se establecen interacciones, redes sociales, y que, por tanto, son significativos para el funcionamiento de la sociedad. Cuando estos campos son eminentemente políticos se les considera “arenas” y la consecución de la hegemonía reobtiene a través de la conquista de las “arenas”. En este sentido, los individuos y las organizaciones que los sustentan tienen que trabajar con las personas que integran las “arenas”, a fin de conocer cuáles son sus intereses y necesidades, y poder empatizar con ellos y ser reconocidos como representantes. Si, de momento, no es posible conquistar una “arena”, se puede intentar controlar campos sociales donde se encuentren actores, presentes en la “arena”. Estos campos sociales no tienen significación política, según estos autores. Cuando se controlan diversos campos sociales, se puede llegar a alianzas que permitan configurar lo que estos autores denominan bloque hegemónico. Sin embargo, nos encontramos con que falta un modelo de análisis que desarrollé un estudio de cómo se constituyen las posiciones hegemónicas. Creemos que estos autores hacen un uso extraño del concepto de hegemonía. Entre otras cosas, porque no es un concepto neutro, sino revolucionario con intenciones políticas e históricas explícitas. Este tipo de interpretaciones quizás nos sirva para describir los mecanismos de toma del poder por parte de individuos o de élites en el contexto de nuestras relaciones sociales, pero no pasan de ser un mero instrumento de conocimiento de la realidad, que siempre se abstiene de cuestionar.

⁵⁴ Este es el caso de la Escuela de la Teoría de la Estabilidad Hegemónica. Desde esta corriente se considera que tiene que haber un actor estatal – los Estados Unidos – que, merced a su capacidad de intervención pueda influir en el resto de los Estados y actores internacionales, con el fin de que el sistema sea estable. Sin este tipo de control los riesgos para la economía mundial serían serios. V. Brzezinski, Z., *Out Control: Global Turmoil on the Eve of the 21st Century*, New York, Robert Stewart Books, 1993. Una segunda escuela es la de la teoría

escuela neo-gramsciana en el contexto internacional y la “*business civilization*”, donde se llevan a cabo no pocos análisis en lo que hace a los sistemas de control sobre la ciudadanía y las relaciones de producción. Porque no sólo existe el poder del Estado en el marco de las relaciones internacionales, sino todo un sistema de producción hegemónico, insertado en estrategias internacionales de los Estados, que pone en conexión a las clases dominantes de cada uno de los Estados.⁵⁵ Estos estudios son útiles para la comprensión de la globalización capitalista actual y las posibilidades contra-hegemónicas existentes en el ámbito de las relaciones internacionales o globales. Pero tampoco son el objeto de nuestro trabajo.

A través del concepto de euro-comunismo se trató, por parte de los partidos comunistas occidentales, de usar el pensamiento de Gramsci para justificar la aceptación de las reglas de juego impuestas por el sistema capitalista, con la finalidad de salvar sus privilegios y consolidarse como interlocutores únicos del capital, desplazando y aniquilando a los movimientos sociopolíticos emergentes de los setenta. A juicio de Gabriel Albiac, en los setenta, el rostro de los partidos comunistas europeos –convertidos en eurocomunistas- quedó al desnudo: el reformismo colaboracionista en sus propios países, el sectarismo y la pleiteía pro-soviética en la política internacional.⁵⁶ La opinión de Albiac es matizada por otros autores como Claudín o Paramio. Para éste último, los partidos comunistas se alejaron de la influencia soviética después de la muerte de Stalin y el aplastamiento de las revoluciones en Hungría y Checoslovaquia.⁵⁷

de la transición en la que destaca George Modelski y su análisis histórico sobre el auge y caída de las superpotencias (V. Modelski, G., *Long Cycles and World Politics*, Seattle, Washington University Press, 1987).

⁵⁵ Los trabajos de Robert Cox o Susan Strange son buena muestra de ello. En concreto Cox, R., *Production, Power, and World Order*, New Cork, Columbia University Press, 1987, pp. 7 y ss.

⁵⁶ Albiac, G., “Introducción a Toni Negri. Crónica del siglo que no existió”, en Negri, T., *Fin de siglo*, Barcelona, Paidós, 1992, pp. 11-12.

⁵⁷ Paramio, L., *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*, op. cit., pp. 155-159. Vid., Claudin, F., *Eurocomunismo y socialismo*, Madrid, Siglo XXI, Madrid, 1977.

En lo que sí existe coincidencia es en estimar que el reformismo fue la piedra angular del eurocomunismo. Este reformismo trató de justificarse a través del concepto de *hegemonía* y de *guerra de posiciones* de Gramsci. Por ejemplo, para Simón, el concepto de hegemonía suministra la solución a los problemas de la teoría marxista leninista sobre la democracia, que suponía un gran obstáculo para que los partidos comunistas llegaran al poder. Desde esta perspectiva el concepto de hegemonía ofrece una solución, basada en el reconocimiento de las luchas populares democráticas y las instituciones parlamentarias que han contribuido a formar.⁵⁸ Siguiendo esta línea argumental, las ideas de Gramsci se adaptaron a las necesidades de los partidos comunistas del sur de Europa, que precisaban en aquél tiempo un fundamento teórico que les sirviera para impulsar sus políticas de pacto con las democracias liberales.

Esta actitud fue una forma de mutilación del pensamiento del filósofo italiano. Pellicani, desde una perspectiva crítica con el pensamiento socialista, objeta en este sentido la interpretación “pluralista” de Gramsci, ahora sostenida para apoyar la metamorfosis eurocomunista.⁵⁹ Gramsci quiere el consenso, pero no un consenso liberal. Con la palabra *guerra* hace alusión precisamente a lo contrario, a una guerra de posiciones en lugar de movimientos. No se atenúa, lo que para Pellicani es el carácter revolucionario del pensamiento gramsciano, antes al contrario, se refuerza.⁶⁰

Desde una perspectiva socialista, Harman cree que del pensamiento de Gramsci no se puede derivar una actitud pactista o colaboracionista de clase. Por otra parte, la batalla por la hegemonía no se puede reducir a

⁵⁸ Simon, R., *Gramsci's Political Thought. An Introduction*, London, Lawrence and Wishart, 1982, p. 18. Este discurso no ha pasado a la historia. El uso del pensamiento de Gramsci con vistas a justificar o legitimar el viraje neocapitalista de los partidos socialistas europeos está presente en nuestros días. Para Anne Showstack Sasson el Nuevo Laborismo de Blair recoge la herencia gramsciana en sus políticas (por ejemplo la educativa) y estrategias (Sasson, A. S., *Gramsci and Contemporary Politics. Beyond Pessimism of the Intellect*, New York, Routledge, 2000, pp. 101-104). Entendemos que esta afirmación no es correcta.

⁵⁹ Pellicani, L., *Gramsci. An alternative Communism*, op. cit., p. xi.

⁶⁰ Id., p. xiv.

una lucha simplemente ideológica. Gramsci refuta las tesis stalinistas del tercer periodo, consistentes en considerar que el deterioro de las condiciones económicas de los trabajadores lleva, automáticamente, a la formación de la conciencia revolucionaria. Al mismo tiempo, nunca niega el importante papel de la economía en la vida política.⁶¹ Para Gramsci la lucha política de la clase obrera por la victoria, incluso por encima de otras clases oprimidas, no supone el abandono de sus intereses, más bien la búsqueda de alianzas y colaboraciones con otros sectores, fuera de la jerga stalinista. La lucha por la hegemonía no resolvía por sí misma el problema del poder estatal.⁶²

En fin, para Gramsci la hegemonía no es más que una necesidad democrática de fundamentar la insurrección contra el *status quo* establecido. No se trata de una mera lucha ideológica *sine die* y sin objetivos concretos, como parecía desprenderse de la estrategia eurocomunista, sino de subvertir las relaciones de poder dominantes.

Boggs comparte con Harman la idea de que es un error identificar a Gramsci con el eurocomunismo. Un examen de la biografía y la teoría del autor sardo muestran la falsedad de esta identificación. Ninguna de las principales ideas gramscianas puede anticipar la estrategia que llevó a cabo Palmiro Togliatti al frente del Partido Comunista Italiano. Las ideas de Gramsci, precisamente, han tomado forma en oposición a las estrategias y políticas tímidas socialdemócratas, que anticiparía lo que después se conocería como *eurocomunismo*. Irónicamente, buena parte de lo que Gramsci encontrara anacrónico y debilitador en el viejo Partido Socialista Italiano, sería adoptado por el Partido Comunista en su

⁶¹ De esta manera responde a tesis como las del propio Pellicani en el sentido de que en Gramsci se escenifica una corrección de la concepción materialista de la historia, que refuta la sociología marxiana. Se advierte una diferencia entre Gramsci y Marx. Para el primero es en la ideología donde radica la fuerza de la historia. Para el segundo eso no es así, sino la economía. Para Gramsci el plano super-estructural deviene entonces en decisivo, porque la hegemonía presupone no a sólo una filosofía, sino todo un sistema axiológico y normativo. Continúa diciendo que la perspectiva de Gramsci es idealista y en franco contraste con el materialismo histórico (Harman C., Antonio Gramsci: Socialista revolucionario, Barcelona, Izquierda revolucionaria, 2000, p. 34).

⁶² Id., pp. 17-20.

nombre apenas cincuenta después: el marxismo científico, la obsesión por las políticas electorales, el camino parlamentario del socialismo o el reformismo reducido a la existencia del Estado y la economía italiana. Los partidos eurocomunistas quisieron apropiarse del empuje intelectual y la memoria de Gramsci, pero no de sus planteamientos. El objetivo consistía simplemente en legitimar, con su nombre, su estrategia política, con el mismo pudor con que los soviéticos se apropiaban de Marx.⁶³ Por tanto, el pensamiento de Gramsci se usó para justificar tanto el stalinismo, como el eurocomunismo, obviando la carga revolucionaria de su filosofía. Fue una manera de justificar un compromiso histórico y de oportunidad política. De esta manera, se crea un Gramsci reformista, que poco tiene que ver con la proyección del pensamiento del autor italiano, pues en su filosofía distinguiremos tres elementos muy distintos: la insurrección, el obrerismo y la espontaneidad.⁶⁴

Tres elementos que ya se visualizaron en el apoyo de Gramsci a la construcción de consejos de fábrica en 1919. Su convicción era firme en este remate: únicamente con instituciones nuevas, la clase trabajadora podría tener éxito. Por otra parte, la clave de la lucha era la clase obrera. El protagonismo correspondía al proletariado, pero sin desplazar a otros grupos de la población. El proletariado debía asumir el deber de transformar, pues se trataba de paliar sus necesidades y aspiraciones históricas. La conciencia revolucionaria de la clase obrera es el pivote de su modelo de sociedad política.

En definitiva, estamos en condiciones de afirmar que con Gramsci podemos construir desde la praxis una teoría que acelere el proceso histórico en acto, haciendo de la acción política una práctica más homogénea, coherente y eficiente en todos sus elementos, es decir, potenciándola al máximo.⁶⁵ El eurocomunismo constituyó un desarrollo no gramsciano del concepto de hegemonía. Fue algo muy diferente de aquello que el autor italiano había concebido para la hegemonía.

⁶³ Boggs, C., "What Gramsci means today", en Dowd, D. (ed.), *Understanding Capitalism. Critical Analysis. From Karl Marx to Amartya Sen*, op. cit., p. 63.

⁶⁴ Harman, C., *Antonio Gramsci: Socialista revolucionario*, op. cit., p. 7.

⁶⁵ Capucci, F., *Antonio Gramsci: cuadernos de la cárcel*, Madrid, Magisterio, Madrid, 1978, p. 28.

IV. Nuestra mirada y un punto de partida: Por una nueva vía para la hegemonía.

Digamos para concluir que Gramsci es un referente básico para pensar en la construcción de posibilidades democráticas en el siglo XXI. Recientemente, Fernández Buey ha rubricado la actualidad de Gramsci en lo que él ha denominado “nuevo internacionalismo”, reflejado en los movimientos que conforman el Foro Social Mundial.⁶⁶ Creemos que la idea de posibilidad democrática se obtiene de una comprensión abierta de democracia. A esto hay que decir que la democracia no es ese ente abstracto o metafísico, no es un proyecto acabado y cerrado, que permite obstinarnos en defender unas instituciones suficientemente malogradas por la abstracción individualista y, como diría el propio Gramsci, capitalista. La democracia no consiste en esto. Ni se abstiene, ni se aleja de las plazuelas o las calles. La democracia es una práctica que se asienta nada más y nada menos que sobre la acción común, el trabajo común y la construcción común de nuevas posibilidades. Es una práctica abierta a nuevas posibilidades capaces de introducir la idea de autogobierno y el respeto a las singularidades que conforman el colectivo.

Pero, la experiencia de los demócratas nos sugiere lo contrario: (a) cada día la clase política se entrega, eso sí entre rumores visuales de democracia, a la visión apologeta de los ideólogos-tecnócratas dominantes, o lo que es lo mismo a la “gobernanza sin gobierno”; (b) mientras tanto, el cuerpo electoral se encuentra progresivamente más defraudado y confundido con quienes asumen el papel político de sus representantes. Se ha pasado de una representación popular a una representación de los intereses económicos relevantes, que se manifiesta especialmente en el incumplimiento sistemático de las promesas electorales una vez alcanzado el poder. Quizás sea este el principal obstáculo a la necesaria recuperación de la fe en las instituciones de gobierno.

Por ello decimos, el concepto de hegemonía de Gramsci es un indudable valor para rehacer la democracia. Democracia es también reflexionar desde las prácticas sociales, es tomar partido en la tarea de responsabilizar socialmente a la filosofía. De ahí el interés de Gramsci en aca-

⁶⁶ Fernández Buey, F., “Prólogo”, en Baratta, G., *Las rosas y los cuadernos*. El pensamiento dialógico de Antonio Gramsci, Barcelona, Bellaterra, 2003, p. 14.

bar con la división entre los intelectuales y las masas, entre dirigentes y dirigidos.⁶⁷ Recuperar el concepto de hegemonía de Gramsci puede ser la base de un proceso constituyente que presente alternativas fiables para la izquierda en este siglo. La democracia, entendida como un proceso abierto a prácticas concretas y a la deliberación cívica, como sinergia capaz de transformar las relaciones de dominación en formas de autogobierno, de poder por y para la ciudadanía, ha de ser el hilo conductor de este proceso.

Después de este recorrido volvamos sobre nuestros pasos y preguntémonos de nuevo ¿la filosofía de Gramsci crepita actualidad? Como podrá suponer el lector la respuesta a este interrogante parece ahora más fácil. En unos tiempos en los que pensar de otra manera es de ingenuos, “ideólogos” o de locos, consideramos que el legado de Gramsci es decididamente actual. Su pensamiento es vital y creativo, muy cercano a la realidad. Su reflexión no sólo nos sirve hoy para el diagnóstico crítico de nuestras democracias, sino también para formular propuestas. Evidentemente, como todos los autores, Gramsci no se pudo sustraer a su propia divisa histórica. No podía ser de otra manera. Vivió y escribió en tiempos concretos. Por eso, para entender sus aportaciones debemos contextualizar primero y tomar después. Los sobresaltos de su biografía incidieron de manera decisiva en sus evoluciones y planteamientos como filósofo. Flaco favor le haríamos al este pensador de la praxis y partidario de un historicismo radical, si adaptáramos sin más y por las bravas sus construcciones a los tiempos y las necesidades que vivimos. Los autores nos sirven en nuestra reflexión actual si somos capaces de extraer aquellos elementos de su pensamiento que estimamos más útiles, para luego usarlos como metodología a la hora de pensar los problemas sociales y buscar vías de solución y emancipación.⁶⁸

⁶⁷ Vargas-Machuca, R., *El poder moral de la razón*, op.cit., p. 221.

⁶⁸ En este sentido, creo que es pertinente poner de relevancia el uso diferente que Gramsci y Croce hicieron de una figura tan capital en la historia del pensamiento político como Maquiavelo. Mientras para el segundo fundamentaba la visión liberal del mundo, para nuestro autor Maquiavelo significa un esfuerzo por transformar la realidad no sólo reflexionar sobre ella y adaptarse (Fontana, B., *Hegemony and Power. On the relation between Gramsci and Machiavelli*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1993, pp. 74-85). Siguiendo

Dejémonos, pues, de vacilaciones y pensemos que en lo sucesivo el problema de la democracia no se ha de reducir a evidenciar sus insuficiencias representativas, sino a restaurar la idea de participación-compromiso y el valor de lo común. Esta democracia ha de ser el faro que ilumine nuestro quehacer teórico de los próximos años. Sólo así, podremos luchar contra un sistema hegemónico, al que algunos denominan globalización, que mundializa el hambre, el miedo y el totalitarismo. Por tanto, no disminuyamos su tamaño. Esta democracia todavía representa un porvenir que realizar más que una adquisición que defender. Por eso pensamos en Gramsci, en la celda donde vivió, escribió y murió. Los intelectuales de hoy hemos contraído con él, como con tantos otros,⁶⁹ una deuda de gratitud por los horizontes que nos abrió y los materiales que nos legó para el camino. ■

a Maquiavelo y Gramsci, es importante la reconstrucción que Negri hace de la historia de la filosofía política. Para el filósofo de Padua, el Príncipe de Maquiavelo es la democracia, justamente la reforma del renacimiento. El problema de Maquiavelo no será cerrar con la revolución. La constitución es para él la apertura del proceso revolucionario de la multitud (Negri, A., *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, Madrid, Libertarias/Prodhuvi, 1994, p. 112).

⁶⁹ Hay un interesante paralelismo entre Negri y Gramsci. Ambos teorizan desde la derrota y escriben sus obras capitales encerrados en prisión. La de Gramsci fue la del Orden Nuevo y la venida del fascismo. El fracaso de los Consejos de Fábrica y la liquidación de las esperanzas revolucionarias en Italia, certificada más tarde por su compañero Togliatti y la estrategia del Partido Comunista Italiano. Para Negri la derrota de los movimientos sociales que perseguían reformas democráticas radicales y la criminalización interesada e injusta (por un gobierno en manos de la mafia y el terrorismo) del movimiento "Autonomía Operaria", le condujeron a un proceso de reflexión profunda y preñada de frutos de gran nivel intelectual. Gramsci trabajará en la cárcel el concepto de hegemonía y lo desarrollará, liberándola, desde nuestro punto de vista, del lastre idealista de que adolecía este concepto en el autor sardo. Negri escribe su portentoso libro sobre Spinoza en la cárcel. Éste será el primer paso de un trabajo que le llevará a fundar "una línea maldita" de la filosofía política. Spinoza supone para el filósofo de Padua, el uso de una ontología nueva y diferenciada de la filosofía dominante en la modernidad. Este elemento transforma la obra de Negri fundamentando con más solidez sus trabajos anteriores y dotándola de un dinamismo anti-dialéctico muy agudo.